

---

Adolfo Castañón\*

---

*POLITICA Y QUEHACER CULTURAL*  
*en México: el vigor de la integración*

---

1. Gabriel Zaid, hace unos meses, al ingresar al Colegio Nacional, leyó el ensayo —homenaje a Daniel Cosío Villegas— *Imprenta y vida pública*: allí vuelve a ocuparse de los universitarios que pasan de los libros al poder, y del poder que tienen las ideas en las repúblicas modernas como fuente de legitimación y de la capacidad de algunos para echar a andar —“avivarla, conducirla, organizarla”— esa conversación sin fronteras que es el quehacer cultural. Concluimos, por su texto, que hay dos independencias, dos poderes: uno está en la cúspide política y en el decreto; otro en el gobierno que, nos dice Platón, debe tener el sabio sobre su propia alma. Pero existe, además, un tercer poder en el cual convergirían los dos anteriores: el de enriquecer la vida pública mediante las empresas culturales: escribir pero también fundar editoriales, periódicos y revistas, animar la vida pública, el ágora de la cultura. Zaid ha ponderado las excelencias de esta *tercera vía* de hacer política (y de encauzar una vocación de servicio público) haciendo *cultura*. Obvio e innegable como es lo que dice, el argumento se puede enriquecer si insistimos en algunas de sus dificultades.

2. Así pues tenemos que los universitarios dejan los libros por amor al poder y que algunos universitarios desengañados del poder o conscien-

\* Escritor y crítico literario.

\*\* Esta ponencia fue expuesta por el autor en enero de 1985, durante el foro que sobre *Industrialización de la cultura y formas de resistencia cultural*, organizara la FCPyS.

tes de sus limitaciones vuelven a los libros. Apuntemos que no vuelven indemnes de ese tránsito: el intelectual que ha aspirado a ser presidente y ha renunciado a esa aspiración, al regresar al mundo de los libros *puede* caer en una tentación: la de ser el Presidente de la República de las Letras y asumir la Jefatura de la espiritualidad, materializada en las Empresas Culturales. Se trata de una poderosa tentación. No todos sobreviven a ella y, como no saben dominar su alma, sueñan con llevar la batuta de la conversación que son las letras. No hay que insistir demasiado en que aquí está también presente la codicia y la soberbia características del poder político.

3. Estas alternativas se dan en diversos planos. Obviamente es en los planos más gruesos donde resaltan las dificultades. Vivimos en una sociedad y el pulso de su orden es perceptible en todo su cuerpo. Por ejemplo, en las universidades y escuelas superiores, también aparecen estos poderes y los modos de comportamiento que les son implícitos. Los porros, son una ilustración. Sabemos que los porros son estudiantes que no estudian —o que estudian poco— y que practican una política de bandas y de tráfico de influencias en las que se alternan deporte y delito, política y crimen. Por uno de los escasos libros que documentan este fenómeno<sup>1</sup> sabemos que los porros fueron, al menos en algunas instituciones educativas, fuerzas paralelas a las organizaciones de estudiantes y sociedades de alumnos que extrañan su legitimidad no sólo de la fuerza bruta, sino del tráfico de influencias y favores entre los estudiantes y las autoridades por medio de la administración. Para explicar al porro no bastan los motivos de orden económico —pobreza o codicia—. Debe añadirse a esas causas otras dos que se pueden documentar ampliamente en el libro de Olga Durón: un idealismo primario y vagamente épico y una necesidad compulsiva y mimética de crear una identidad tribal. Lo primero se traduce en los golpes, en el coqueteo con la muerte, en la imagen idealizada que de sí mismo tiene el porro. Lo segundo configura una sub-cultura sitiada, una fraseología turbia y prepotente, una búsqueda de la diferencia y de la singularización que es también una renuncia de la independencia. Por otra parte, hay en estos grupos ingredientes anti-comunistas que sólo son reflejos o consecuencias de su anti-intelectualismo, de su mitología primaria y panfletaria.

4. Traigo a este debate sobre la integración del intelectual a los porros porque en microcosmos, en escala y guardando proporciones, el estudiante deslumbrado por la materialidad, la impune comodidad de los

<sup>1</sup> Olga Durón, *Yo, porro*. México, Ed. Posada, 1984.

fraudes escolares, la identidad tribal y la fraseología, se transforma en porro del mismo modo que el intelectual cegado por los éxitos materiales y mundanos, el dinero, la publicidad, el poder y la facilidad de una fraseología enfática, se *integra*, para decirlo así, a la estupidez, traiciona sus deberes para con el gobierno de su alma y da la espalda a la investigación desinteresada para entregarse al ejercicio de la conspiración. Hay grados, desde luego, y, por supuesto, diferencias. También semejanzas. Yo, *porro* documenta que el presidente de la sociedad de alumnos puede y suele ser *porro*, grillo que trafica con influencias administrativas. Sabemos, por otra parte que un empresario cultural puede ser un hombre desinteresado. Sin embargo, la experiencia también nos dice que, dada la corruptibilidad del factor humano, el *oficio de administrar el saber* puede y suele comportar prácticas indeseables. A veces esas prácticas traducen enfrentamientos entre *clases políticas* antagonistas y su realización, aunque indeseable, es explicable en esos términos. Hay que decir que muy raramente quien las realiza tiene conciencia de esa batalla entre clases, y sólo resulta un peón ciego, a pesar de ser un intelectual de luces.

5. Ciertamente algunas de las dificultades que se presentan al intelectual para desempeñarse impecablemente tienen, pues, que ver con la avidez material. Hay otras que no se explican enteramente por este factor. Son, por cierto, las más peligrosas. Una imagen idealizada de sí mismo, una fraseología vagamente épica o redentora, una simbología simplificada y una identidad tribal cerrada al diálogo y dispuesta a cualquier fobia, y sobre todo un marcado anti-intelectualismo, una negación a *entender*, esos son algunos de los ragos que definen la comunicación en la sub-cultura del porro. Curiosamente son muy semejantes a los que un investigador francés —Marc Augelot— ha discernido en *La palabra proletaria*. Augelot, en la obra del mismo título, analiza libelos de izquierda, centro y derecha, cuyo común denominador es un conjunto de reducción e imágenes típicas: por ejemplo, la de la amenaza (“la cultura amenazada”, “la patria en peligro”), la de la violencia redentora, la de la pureza de las tradiciones nacionales. El intelectual, administre o no el saber, ya sea animador de empresas culturales o se contente con dirigir las propias, puede y suele caer en el uso de la palabra panfletaria y de tal suerte, puede verse integrado en universos discursivos ajenos o indignos de su condición. Cuando el empresario cultural echa mano de fraseologías de esta índole es obviamente sospechoso de comulgar con los fuertes y de querer hacer comulgar por la fuerza.

6. Este fenómeno de las fraseologías previas ha sido y es común y co-

riente en nuestro país. Tiene que ver con cierta cultura oratoria prohibida por los regímenes revolucionarios. Andrés Iduarte en *Un niño en la Revolución Mexicana* describe así los concursos de oratoria:

“en estos concursos los contendientes tenían que lanzar, primero, un discurso preparado, (. . .) y, en segundo término, improvisar sobre cualquier tema que el jurado les disparara como un pistoletazo en el cráneo. Los temas, amplísimos, caían como una catapulta sobre los tiernos cerebros (. . .): ‘La Revolución Mexicana como fenómeno social’, ‘La doctrina Monroe (. . .)’, ‘El mestizaje americano’, etcétera. Los adolescentes enhebraban necesidad tras necesidad adquiriendo una desfachatez ejemplar para lanzarlas en público y, al final, soltaban varias sonoridades aprendidas de memoria, ex-profeso inconcretas y nebulosas, de modo que encajaran en cualquier tema, que sirvieran lo mismo para un barrido que para un fregado”. (. . .) “Así se desarrolló en la juventud mexicana la irresponsabilidad intelectual”.<sup>2</sup>

Los empresarios culturales, para seguir usando esa terminología, sobre todo los institucionales, tienden a ese parlerismo. Se sabe que tienen esa propensión, resulta en ellos habitual.

7. Convenimos en aludir los lenguajes hechos es un signo de honestidad intelectual. Se trata, sin embargo, de algo sumamente *difícil*, raro. Cada sector del saber se ha creado un lenguaje, funciona en virtud de un sistema de convenciones que nadie que lo cultive puede eludir: el intelectual honesto no sólo debe rehuir las fraseologías más groseras y primarias del caudillaje y la arenga. Si ha de ser creador, o sea intelectual digno de su nombre, se compromete no solamente a conocer el lenguaje de su disciplina sino a *interpretarlo*, a crearse dentro de ese lenguaje un lenguaje propio. Aquí es donde la mayoría tropieza y no va más allá, pues cada lenguaje, por científico que sea, admite una cierta dosis de creatividad y espontaneidad, de sinceridad. Y renunciar a esa interpretación es renunciar al lenguaje. La prueba de ello son nuestros periódicos en los que todo mundo habla y opina, desde su respectiva especialidad, desde su respectivo lenguaje: a pesar de ello o por ello mismo, tales lenguajes son convencionales o prefabricados, no hay en lo profundo una interpretación de ese lenguaje sino un soslayar de opiniones personales dentro de un código gaseoso. Una de las razones de este proceso desastroso para la cultura y que la empobrece entregándola a quienes la empobrecen es la compulsión periodística de las interpretaciones, improvisadas, instantáneas y desechables. No hay que insistir en lo destructivo que esto resul-

<sup>2</sup> Andrés Iduarte, *Un niño en la Revolución Mexicana*. México, Joaquín Mortiz; 134 p.

ta para la vida pública materializada en los libros y publicaciones. El intelectual puro, ideal, suele refugiarse en un lenguaje para no volver al mundo, sino después de haber transformado su lenguaje. Pero entre nosotros, ni siquiera se refugia en ese lenguaje, simplemente acude a él para tomar prestados de ahí elementos con que soslayar su pobreza de pensamiento o enaltecer con palabras exquisitas realidades miserables.

8. Se habla de independencia, ¿cuál, aparte de llamar a las cosas por su nombre? El hombre de saber, el intelectual —artista o científico—, se mueve dentro y por medio de un lenguaje especializado. Eso no lo salva de usar el lenguaje corriente. De hecho, el único modo que existe de salvar el hiato o la distancia que media entre las dos culturas es precisamente enriquecer ese lenguaje, afirmarlo. Para ello, es necesario llamar a las cosas por su nombre, no utilizar el lenguaje de la ciencia o del saber para soslayar los hechos corrientes o complicar aún más los inusitados. La política del eufemismo es por excelencia la “política” de los funcionarios regidos por la meritocracia y que violan las reglas del juego civil haciéndole el juego a la jerarquía establecida.

9. Pero en la actualidad nacional e internacional todos los intelectuales *son* funcionarios de ese cuarto estado que Roger Bartra llama el poder cultural, complementario del ejecutivo, el legislativo y el judicial.<sup>3</sup> Nos guste o no, los intelectuales somos agentes de ese poder cultural, y nadie como trabajador de la cultura puede eludir la cuadrícula cada vez más cerrada de la sociedad total. Esto define una situación. Para precisar, habría que decir que NO somos agentes sino *pacientes* del poder cultural; que deberíamos ser por medio de la autonomía y la independencia *agentes*, seres activos de la acción cultural, capaces de definirla y reformarla. La diferencia entre el agente y el poder y el paciente del poder es la que existe entre esa *rara avis* que es el funcionario público independiente y que defiende la ley aun en contra de quienes la representan y el funcionario “disciplinado”, servil, listo a pasar por encima de la legalidad cuando así se lo ordenan sus superiores.

10. Llegamos a un punto paradójico: en países como éste donde la legalidad es una utopía, no una cuestión de hecho y donde es mínimo el estado social de derecho, resulta que se necesita más independencia y carácter personal —más dominio de la propia alma, más cultura—, para respetar la ley que para violarla. Es verdad que el intelectual es ya, en la práctica cotidiana de ganarse la vida, un funcionario, un celador de la gran cárcel del mundo. Sin embargo hay una diferencia entre el burócrata

<sup>3</sup> Roger Bartra, “Poder, cultura y universidad”. *La Jornada*, 2 de enero de 1985.

ta dispuesto a corromperse —y hacer *mal* las cosas es corromperse— y el que está dispuesto a librar desde su lugar una batalla a primera vista personal pero de infinitas repercusiones por imponer la legalidad.

11. Llamar las cosas por su nombre es imponer la legalidad. Esto lo sabía Confucio y los filósofos chinos conocidos como legalistas, por ejemplo Mo-tze. A su vez, actuar con la Ley —en un sentido cósmico y naturalista— es algo que contribuye a reformar el lenguaje y, desde luego, a la sociedad.

12. Recordábamos al principio el precepto platónico de la sabiduría como un gobierno de alma. Dominarse a sí mismo, conocerse a sí mismo, ser sincero consigo mismo, nombrarse a sí mismo con las palabras que uno merece, son recomendaciones demasiado exigentes a los ojos del intelectual corrupto. Y no está demás recordar la etimología de corrupción: viene de romper. Corrupto es el hombre roto interiormente, el animal que no ha sabido cumplir sus promesas, para frasear a Nietzsche.

13. El corrupto es, por definición, el mentiroso. Y el hombre que habla mal o que habla demasiado lo es. El carnaval contemporáneo obliga a hablar mal, o sea a improvisar y a criticar sin fundamentos. Obliga también a hablar demasiado: a pronunciarse a izquierda y derecha sobre todas las trivialidades imaginables. Los empresarios culturales oficiales pueden ser ajenos a esto, pero más bien no lo son. Propician y estimulan la palabrería, la política desvergonzada del eufemismo, la violación del orden administrativo y del orden legal, el tráfico de influencias, etc. Pero los empresarios culturales no sólo son o no nada más son los de allá arriba. Somos también nosotros los pseudo-agentes del poder cultural, los pacientes del discurso hecho. Es natural que quienes no sean capaces de integrarse a sí mismos se integren con fuerza redoblada a las huestes oscuras de la civilización material.

14. La palabra panfletaria de que se hablaba antes es dualista: dice ellos, los corruptos, y nosotros, los limpios. Pero el hombre de saber desconfía de esas polarizaciones: sabe que el poder cultural oficial, *eso* que presta su vaga animación a las empresas culturales institucionales es la voluntad desistida, el desánimo de los agentes transformados en pacientes, la servidumbre voluntaria, la incurable debilidad que hace del médico un carcelero y no un hombre dispuesto a prestar ayuda, de un escritor un empresario cultural y de un estudiante un Presidente de la Sociedad de Alumnos.

15. Adolfo Bioy Casares nos informa en el Prólogo a su *Diccionario del argentino exquisito*, del surgimiento ubicuo de un nuevo idioma por todo el planeta. En Argentina, se le conoce como *officialesse*, en inglés como *Diseased English*, en Francia todavía no lo han bautizado pero prospera. Las palabras que reúne en su *Diccionario* Bioy Casares fueron encontradas en declaraciones de políticos y gobernantes y en otros enunciados “corrientes entre la gente culta”, como dice él mismo. Todas estas voces han nacido de la política del eufemismo ya para prestigiar acciones o cargos corrientes (como cuando se llama cabo al vigilante), “ya para despertar la admiración por el manejo de palabras exactas . . . (fealdades complicadas como ‘microexperiencias ferro-urbanísticas’)” o por afición a la pompa o por vanidad. El diccionario de Bioy “evidencia el engolamiento de quienes adornan sus ideas y su estilo con la falaz pedrería de programática, acervo, coyuntural”. Ignoro si la palabra misma de *empresario cultural* cabe en ese diccionario. Sé, en cambio, que los empresarios culturales y todos los agentes del poder cultural se solazan en el manejo de palabras falsamente técnicas y que convierten al lenguaje en una papilla homogénea y machacona y de la que sólo se destacan un par de consignas panfletarias. La semejanza de este lenguaje con el tribal de los porros por lo que hace a su manera de funcionar saltará a la vista de cualquiera que empiece el análisis: incoherencia, pluralidad de significados para una misma palabra, uso a granel de palabras que aportan al estilo ciertos prestigios (infraestructura, insumo), no sólo expresiones sino largas frases hechas, creencia demencial en la eficiencia del propio lenguaje, incapacidad descriptiva, profusión enfática, vacuidad.

Los presidentes de las sociedades de alumnos llegaron algún día a dominar —como documenta *Yo, porro*— la vida académica de ciertas instituciones. Hoy, a las instituciones imaginarias las rigen diversos “empresarios culturales”. Podemos saber qué es lo que hacen, si oímos con cuidado lo que dicen.

16. En *Imprenta y vida pública*, Zaid presenta los rasgos ideales o excepcionales de un oficio, el del quehacer cultural. La descripción de este tipo de actividad no estaría completa si le restan los rasgos que hacen la regla. En cierto sentido toda tarea es cultural en cuanto exige de quien se afana en ella el dominio de sí mismo. Gobernar el alma, gobernar la lengua: he aquí las verdaderas tareas culturales, las verdaderas formas de resistencia.